ALFONSO TRUEBA

Legítima Gloria

(3a. EDICION)



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1959

Primera Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—1,000 ejemplares.—Septiembre de 1953.

Segunda Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—2,000 ejemplares.—Agosto de 1954.

Tercera Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—3,000 ejemplares.—Marzo de 1959.

El escritor concienzudo de la historia es aquel que consigue desligarse de todo factor afectivo como para poder decir: "Esto sucedió y sucedió así. Lo describiré como si nada me importara su resultado, fuere cual fuese".

Hilario Belloc.

DIJO TACITO que hay un espectáculo digno de ser contemplado por los dioses, y es el de los hombres en lucha contra su adverso destino.

Varios hechos de la historia mexicana nos han llevado a pensar en una débil figura humana trabada en lid con un destino superior e ineluctable, sabiendo —lo que hace más dramático su empeño— que caerá vencida, porque preside su acción el signo de lo adverso.

De espaldas al muro, cierto de que perecerá, el mexicano combate fieramente, sólo por su decoro. Y suele caer sin ninguna esperanza, con la aceptación en los labios sellados de su ciego infortunio.

No. La Historia de México no es —no debe ser— un deprimente relato de traiciones, vergüenza y cobardía. Tiene páginas luminosas en las que brilla, bajo el silencio y el dolor, la llama pura del más genuino valor humano.

Una de esas páginas es la que hemos elegido para iniciar esta serie de publicaciones históricas, cuyo objeto es divulgar lo que los mexicanos han hecho en lo pasado. Es una página que nos enseña cómo sobre el fango vibran las alas resplandecientes de la virtud heroica y de la devoción indefectible al deber.

La historia, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir, según sentenció Cervantes, debe iluminar el paso de los mexicanos a través de la oscura selva por la que caminan sin rumbo cierto. El propósito de que la conozcamos anima estos trabajos, que emprendemos hoy tomando

en cuenta aquel principio de que el agraciado componer consiste en decir verdad, principio que sentó el más veraz de los cronistas, Bernal Díaz.

No sujetaremos el plan de nuestras publicaciones al orden cronológico. Ahora recordamos un episodio de la guerra contra el agresor injusto, mañana reviviremos un pasaje de la conquista espiritual de México, o trazaremos la figura de un hombre superior.

Seríamos falsos si declarásemos que nos proponemos escribir sin pasión, porque un apasionado amor a la verdad mueve nuestra voluntad. Si la verdad hiere, o molesta, o causa escándalo, no nos afligirá. Tenemos por cierto que conviene a los mexicanos saber la verdad, porque sólo la verdad nos hará libres.

NOTA A LA SEGUNDA EDICION

Esta nueva edición contiene más pormenores que la primera acerca de varios puntos del relato. Exponemos con mayor amplitud las causas de la vuelta de Santa Anna, consideramos todos los puntos de vista acerca de los motivos que determinaron la retirada del ejército de La Angostura y, en fin, añadimos información sobre los hechos más importantes de este dramático episodio de nuestra historia.

Correspondemos así al interés que el amable público lector ha mostrado por esta serie de folletos mediante los que tratamos de divulgar la verdad histórica.

MEXICO, 1846

MEXICO en 1846 ofrece un cuadro de violencia, temor y confusión.

Al empezar el año, justamente el 2 de enero, entra a la capital, encabezando un ejército triunfador de revuelta civil, el general Mariano Paredes, quien se había levantado contra el gobierno el 14 del mes anterior. El motivo de su rebelión fue el temor de que el gobierno hiciera una paz deshonrosa con los Estados Unidos.

No les faltaron razones a los revolucionarios para barruntar que el presidente Joaquín Herrera se mostraba dispuesto a arreglar de un modo pacífico las dificultades con el agresivo vecino. El propósito, en sí, no era malo; pero la paz resultaba incompatible con los derechos de la nación, ya que los Estados Unidos pretendían obtenerla a cambio de que México cediera una parte grande de su territorio. Así lo demuestra el hecho de que John Slidell, nombrado por el presidente Polk ministro plenipotenciario en nuestro país, había recibido instrucciones de convenir con el gobierno mexicano el arreglo de las cuestiones pendientes, sobre estas bases: que reconociera el Río Bravo como frontera meridional de Tejas y de los Estados Unidos (el Río Bravo nunca había sido frontera de Tejas); que aceptara cinco millones de dólares por la cesión de Nuevo México y que pidiera "con ganas de tratar" un buen precio por las Californias. Nada menos que esto exigía el gobierno de Washington. La alternativa era obvia: se lo dábamos, o nos lo quitaba. Así pues, no era posible entenderse. El territorio no estaba en venta. Por lo mismo, sólo podía tomarse una decisión: pelear.

En cuanto Paredes tomó el poder, los norteamericanos advirtieron que su administración estaba resuelta a repeler un ataque injusto. En otros términos, pensaban que el nuevo gobierno quería la guerra, lo cual no era cierto. La verdad era que no la quería, sino que la aceptaría, caso de que la nación fuese agredida. Esto es tanto como decir que México no renunciaba el derecho de la defensa legítima.

Pronto dieron los Estados Unidos oportunidad de que este derecho fuese ejercido. El 13 de enero, Polk ordenó al general Taylor que avanzase con su ejército, atravesase el río Nueces y ocupase la orilla izquierda del Bravo. Este fue el primer acto de invasión. Desde hacía un siglo había sido el río Nueces la frontera natural de la provincia de Tejas. El territorio comprendido entre el Nueces y el Bravo era una faja de tierra perteneciente al Estado de Tamaulipas, sobre la que México ejercía jurisdicción. Los tejanos alegaron que el Río Bravo era el límite de su Estado, con el mismo derecho que si hubiesen dicho que el límite era el Balsas o el Usumacinta.

Taylor, obedeciendo las órdenes recibidas, ocupó la margen izquierda del Río Bravo y apuntó sus cañones hacia la ciudad de Matamoros (23 de marzo). El 6 de abril escribió al ministro de la guerra de su país que "sus cañones tenían puesta la puntería hacia Matamoros, recta y a buena distancia para arrasar la plaza".

Otro acto de agresión consistió en la presencia de buques de guerra norteamericanos en aguas territoriales de México.

INSISTEN EN COMPRAR

Mientras amagaban con sus cañones, los Estados Unidos mostraban interés en llegar a una solución amistosa. Slidell recibió órdenes de continuar ante el gobierno de Paredes las gestiones que había hecho ante el de Herrera. El 1º de marzo dirigió una comunicación al ministro de relaciones mexicano proponiendo negociaciones de paz. Slidell empleó en este comunicado términos insultantes, pues habló de "la actitud casi hostil que guardaba México". El gobierno de Paredes le contestó en forma digna, participándole que no podía recibirle como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario para residir cerca del mismo gobierno.

LA LECCION OLVIDADA

En las circunstancias expuestas, cualquier pueblo sensato se une fuertemente y organiza su defensa; pero el mexicano no lo hizo.

Una de las armas que empleó el enemigo para vencer a México en 1846 fue la misma que con el mejor de los resultados usó Hernán Cortés tres siglos antes. Los norteamericanos pudieron decir estas mismas palabras usadas por Cortés para referir, en su segunda carta de relación, las discordias entre los indios:

> *Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció haber mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir de* monte, *etc., e aun acordéme de una autoridad evangélica que dice*: Omne regnum in seipsum divisum desolabitur; *y con los unos y con los otros maneaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro* [1].

El nuevo conquistador había leído a Cortés y no vacilaba en aplicar la lección. El mexicano, por el contrario, la había olvidado, y en 1846 actuó como indio tonto, no como mestizo astuto, es decir, dejó que el país se dividiera y se debilitara. En Washington, los funcionarios del gobierno debieron sentir, como Cortés, *no poco placer* al enterarse de que en México reinaba la discordia, pues así tendrían más facilidad para sojuzgarlo.

La semilla de la división la había sembrado en 1825 el pri-

[1] Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la Conquista de México,* Tomo I.

mer ministro de los Estados Unidos en México, Joel R. Poinsett. Este se encargó de fomentar el odio entre indios, criollos y españoles; organizó la masonería yorquina y la enfrentó a la escocesa, provocando la guerra de partidos; por último, coadyuvó a que se estableciera en el país una forma de Estado mediante la cual se disgregó una fuerte nación unitaria. Todo lo hizo consciente y deliberadamente, mirando hacia el futuro. Y los cándidos mexicanos eran en sus manos el ciego instrumento de un designio político que ni siquiera alcanzaban a entrever.

En 1846, el árbol de la división estaba cargado de frutos. Si hubiesen esperado un poco, quizá los norteamericanos no hubiesen tenido que disparar un tiro para apoderarse de lo que querían. El fruto habría caído de maduro en su canasto.

¡QUE VENGA UN REY!

En el momento en que el yanqui se lanzaba contra su presa, apareció en México un periódico monarquista: *El Tiempo*. Lo dirigía don Lucas Alamán, un hombre patriota y de mucho talento.

Se ha dicho que la monarquía tiene grandes ventajas, vista desde la democracia. Y los hombres que habían observado el fracaso del experimento republicano, y que al cabo de 25 años de instituciones seudodemocráticas veían hundirse en un mar de lodo y de sangre un país que había sido fuerte y pacífico, pensaban que el remedio de todos los males consistía en un rey, y si era posible, de alguna casa reinante en Europa, para que opusiese su poder al de los Estados Unidos.

Aquellos hombres no pensaban que la forma de gobierno no es más que eso, una *forma,* es decir, un accidente, y que no depende de ella exclusivamente el bienestar y la prosperidad de una nación. Bajo un rey, bajo un presidente o bajo un dictador, un país puede salir adelante si el poder se ejerce rectamente, en provecho de la comunidad. Los males de México no derivaban de la forma de gobierno únicamente, sino de la falta de virtud política de los que mandaban.

Cuando en 1846 se manifestó la tendencia monarquista, se suscitó una violenta oposición y pronto se trabaron los partidarios de uno y otro sistema en fútiles querellas. Discutían airadamente mientras el enemigo emplazaba sus cañones contra las ciudades mexicanas. Esto era como si un hombre cuya casa está quemándose se pusiese a discutir con su mujer sobre cuál corbata sería bueno usar para ir al cuartel de los bomberos.

El hecho fue que se acusó a la administración de Paredes de estar identificada con la tendencia monárquica y que se acentuó la división entre los partidos, de lo cual se regocijó el enemigo común, el que, según veremos, se apresuró a echar más leña en aquella hoguera donde había de quemarse la última esperanza de salvación.

SE ABRE EL FUEGO

En tanto que los mexicanos riñen estúpidamente entre sí, el general Taylor abre el fuego contra Matamoros, el 3 de mayo. La artillería mexicana responde y hace callar los cañones enemigos.

Arista, general en jefe mexicano, recibe órdenes de arrojar al invasor del territorio de Tamaulipas al de Tejas, obligándolo a repasar el Nueces. Cruza el Bravo con fuerzas iguales a las del enemigo, y el 8 y el 9 de mayo libra las batallas de Palo Alto y la Resaca, en las que los mexicanos son derrotados. “La falta de un estado mayor competente, la impericia de Arista y la superior artillería norteamericana, fueron las causas del desastre”.

En estas acciones el soldado se portó con valor. Los formidables cañones del invasor abrían grandes huecos en nuestras filas, “y la constancia con que la infantería mexicana resistió este cañoneo —dice Taylor en su parte de guerra— fue un hecho que llamó la atención y la admiración de todos”.

Al terminar el primer día de batalla, y al resplandor de las llamas de los pastos incendiados, los mexicanos recogían sus heridos para trasladarlos a Matamoros. No había tiendas de campaña, ni

medicinas, ni médicos en número suficiente. En carretas, amontonados unos sobre otros, aquellos mexicanos que habían lidiado bravamente y resistido el fuego de la artillería enemiga, fueron llevados a Matamoros, donde faltaban hasta vendas para restañar sus heridas. Los que tuvieron la suerte de no caer en la batalla, apenas cenaron aquella noche, pues había poco qué darles. Por el otro lado, las tropas invasoras, que tenían en sus carros carne, vino y buen pan, cenaron espléndidamente y descansaron al abrigo de sus tiendas y de sus mismos carros. Del otro lado había todo. De éste sólo una cosa: el valor del soldado.

"CINISMO UNICO EN LA HISTORIA"

James Polk, presidente de los Estados Unidos cuando se desarrollaban los sucesos que estamos narrando, era un hombre tieso y anguloso, testarudo y sombrío. El propósito de los hombres que dirigían la política de su país de apoderarse de territorio mexicano, Polk lo llevó adelante sin titubeos.

El domingo 10 de mayo de 1846, o sea el día siguiente al de la derrota de fuerzas mexicanas en la Resaca, Polk lo pasó trabajando con sus ministros en la preparación de la declaración de guerra. Sólo distrajo dos horas de esta ocupación, las que pasó en la iglesia orando —pues era muy piadoso— lo que no le impedía agredir a una nación débil, sin ningún motivo justo.

Hacia el mediodía del lunes 11, Polk mandó al Congreso su mensaje de guerra, en el que, con un cinismo único en la historia, declaraba: "Hemos apurado hasta lo último la copa de la tolerancia. Después de reiteradas amenazas, México ha cruzado la frontera de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre norteamericana sobre el suelo de nuestro país".

Sí: Polk usaba el lenguaje del lobo de la fábula que acusó al cordero que se hallaba río abajo de enturbiarle el agua que bebía. México, que había sufrido ya la anexión de Tejas; México, cuyo

territorio estaba ya invadido por las tropas de Taylor, las que habían derramado sangre mexicana, ¡era el agresor!

El lunes 11 de mayo de 1846 recibió el congreso de los Estados Unidos la iniciativa de declaración de guerra contra México. Por la tarde recibió el presidente Polk visitas de Sam Houston, senador de Tejas, y de Archibald Yell, gobernador de Arkansas, quienes le felicitaron por su determinación. Dos días más tarde declaró el congreso que "debido a los actos de la República de México, existe un estado de guerra entre dicho Gobierno y los Estados Unidos".

¡"Por actos de México"! Bien calificada ha sido esta frase de expresión de "cinismo único en la historia".

Un historiador norteamericano dice, a propósito de esta declaración de guerra:

"Si se hubiera examinado con detención y severidad de juicio el parte presentado al congreso de la Unión por su Presidente, en que se refería el choque a orillas del Río Grande, se hubiera podido aclarar si había sido accidental, si provocado por la Unión o si autorizado por México, y si se hubieran pedido explicaciones se habrían dado tales, que hubieran ahorrado el derramamiento de sangre humana. *El más grande, el más atroz de todos los crímenes, es el de empezar una guerra innecesaria, que merece la ira de Dios y la excecración del género humano*"[2].

El debate sobre cuestión tan grave fue sofocado por la mayoría del congreso, que, sin explicaciones, pruebas o argumento alguno, aprobó la proposición de guerra por 123 votos contra 67. "Nosotros —dice Mr. Calhoun, aludiendo a la festinación del procedimiento— no tenemos la menor prueba de que la república mexicana haya hostilizado en manera alguna a los Estados Unidos. . . Así se inauguraba por la Unión un sistema de carnicería humana, sin fundamento alguno, sin pruebas, sin examen, sin escuchar siquiera una palabra para aclarar los hechos y aun sin

[2] WILLIAM, JAY, *Revista de las causas y consecuencias de la guerra de México,* 103-4.

el menor conato de evitar o dilatar en alguna forma la tremenda calamidad que amenazaba" [3].

5ª COLUMNA

El lector debe suponer que al conocerse las derrotas de Palo Alto y la Resaca y la declaración de guerra de los Estados Unidos, el pueblo mexicano se unió estrechamente para vengar la humillación sufrida y organizó sus fuerzas para repeler la agresión.

Si esto supone el lector ingenuo, se equivoca redondamente, pues sucedió todo lo contrario, o sea que la bayoneta preparada para contener al invasor se quebró en pechos mexicanos.

En el sur de México, en el estado de Guerrero, dominaba un viejo cacique llamado Juan Alvarez, cabecilla de un ejército de "pintos" que usaba en las contiendas civiles. Este Juan Alvarez se pronunció contra el gobierno el 16 de abril en Acapulco y, por supuesto, recibió armas para su empresa. . . de los Estados Unidos, cuyos barcos las depositaron en Zihuatanejo y en el mismo Acapulco. (Un año más tarde, este traidor contribuyó directamente al triunfo del invasor en la batalla de Molino del Rey).

El 20 de mayo, o sea siete días después de que el congreso de los Estados Unidos nos había declarado la guerra, estalló otra revuelta en Guadalajara, promovida por el coronel Yáñez. Luego se rebelaron las guarniciones de Veracruz y Oaxaca, y el día 4 de agosto se pronunció en la ciudadela de México el general Mariano Salas *al frente de una fuerza de más de mil hombres con que Paredes contaba para salir de campaña*. Los recursos que se habían proporcionado a las tropas y a sus jefes para la lucha contra los invasores, se emplearon en la guerra civil. Los norteamericanos, ni qué decirlo, lanzaban *hurras* a la vista de esta situación. Los pronunciados de la ciudadela triunfaron. Cayó el gobierno de Paredes y los revoltosos ganadores discurrieron este sencillo plan político: restablecer la constitución federal de 1824 y llamar

---

[3] SMITH, JUSTIN H., *The War with Mexico*, 182-83.



General D. Mariano Salas.

a Santa Anna para que se encargase de la dirección del ejército y de la defensa nacional.

Paredes dejó en caja setecientos mil pesos del millón que había conseguido para los gastos de la guerra. Los otros trescientos mil los había empleado en sofocar revueltas. Estos setecientos mil pesos desaparecieron muy pronto en manos del nuevo gobierno y ni uno solo se empleó en combatir al enemigo.

SANTA ANNA VUELVE

Santa Anna vive en Cuba, desterrado, cuando México sufre la agresión. Entonces ejercita su astucia para volver. En el mes de febrero, el presidente Polk recibe en audiencia al coronel Alejandro Atocha, español de nacimiento y ciudadano yanqui, el que hablando a nombre de Santa Anna, ofrece que éste firmará la paz si lo dejan que vuelva al poder. Polk no confía en el relato de Atocha y envía al comandante de marina A. S. Mackenzie a La Habana, para que entreviste al general mexicano. La entrevista se celebra, y Mackenzie asegura a Santa Anna que Polk desearía verlo de nuevo en el poder y firmar con él un tratado de paz sobre la base de un cambio de frontera. Mackenzie dice que Santa Anna escribió una nota en la que hizo profesión de fe liberal en materia de comercio, antimonarquista y antieuropea, y en la que declaró que si los Estados Unidos le ayudaban a realizar sus "patrióticos deseos", correspondería con la celebración de un tratado.

Smith afirma en su historia de la guerra que la relación de Mackenzie llegó a poder de Polk el 3 de agosto y que inmediatamente solicitó del congreso la autorización de un gasto de 2 millones de dólares para facilitar un arreglo con México. Da a entender que éste fue el precio que se pagó por la entrega de Santa Anna.

La nota escrita por Santa Anna no existe; pero es indudable que Santa Anna contrajo el compromiso de firmar la paz que impusiera el vecino; tan indudable como que tenía el más decidido



Gral. Antonio López de Santa Anna.

propósito de no cumplirlo. En otras palabras: engañó al yanqui. Y no era la primera vez. La mente de Santa Anna —quien necesitaba rehabilitarse ante sus compatriotas y vengar de alguna manera la derrota de San Jacinto y las afrentas que sufrió después— debió de ser ésta: "Que me dejen volver a mi país; una vez allí yo veré lo que hago".

Obtuvo lo que quería, pues el jefe de la escuadra que bloqueaba Veracruz recibió este mensaje del Departamento de Marina de los Estados Unidos: "Comodoro: si Santa Anna procura entrar en los puertos mexicanos, le permitirá usted pasar libremente". La orden fue cumplida, y Santa Anna pasó. El 16 de agosto estaba en Veracruz.

Este disparate de la diplomacia yanqui —disparate desde el punto de vista suyo— fue rudamente censurado por la prensa del país. Polk se vio obligado a explicar:

"Nuestro objeto fue el restablecimiento de la paz, y según esto, no podíamos ver por qué habríamos de tomar el partido de Paredes y ayudarle con nuestro bloqueo, impidiendo que regresara a México su rival; al contrario, se creyó que las divisiones intestinas, que una mediana sagacidad no podía menos que anticipar, como resultado de la vuelta de Santa Anna a México, y su lucha con Paredes, tendrían que producir una disposición de ambos partidos para conseguir la paz con los Estados Unidos. Paredes era un soldado por profesión y un monarquista por principios. Era el enemigo jurado de los Estados Unidos, con lo que había envuelto a su país en la presente guerra. Santa Anna había sido derrocado por el ejército, se sabía que era enemigo de Paredes y públicamente se presentaba como contrario a la intervención extranjera y a la restauración de la monarquía en México" [4].

Simple modo de razonar el de Polk: Paredes es monarquista, europeizante, enemigo de los Estados Unidos; Santa Anna es liberal, antimonárquico y pro-americano; es, además, enemigo de Paredes; los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Luego,

[4] Mensaje del presidente Polk al Congreso en 1846, citado por *Toribio Esquivel Obregón* en su obra *Apuntes para la Historia del Derecho en México,* t. 4, p. 314.

Santa Anna es nuestro amigo. Pero Polk ignoraba, o no tomó en cuenta, que Santa Anna era mucho más amigo de su propia gloria y que, en realidad, no tenía ningunos principios.

EL INTRINGULIS

En sus desmemoriadas *Memorias,* Santa Anna escribió: "Declarada la guerra, los buenos mexicanos recordaron mis servicios y popularmente me llamaron. Un veterano de la independencia no podía excusar sus débiles servicios a su patria en peligro: acepté el llamamiento. Fleté un vapor que pagué de mi peculio y me introduje en el puerto de Veracruz, burlando el bloqueo".

El Padre Cuevas dice que Valentín Gómez Farías intervino en este asunto, y opina que "debió estar en conexión con Santa Anna para entregar a la Patria mediante nuestras batallas semificticias".

Lo que pasó después pone en evidencia la traición de Gómez Farías, el gran traidor, quien seguramente en el secreto de las logias pactó la entrega de México. Gómez Farías sí cumplió el pacto. Hizo cuanto le fue posible por que México cayera en poder de sus enemigos. Santa Anna no lo cumplió. En vez de firmar un tratado de paz según lo pedían los yanquis, formó un ejército y se dispuso a pelear. Había engañado a los yanquis como a unos niños.

UNA MOJIGANGA

El 14 de septiembre entró Santa Anna a la Capital. Y fue recibido con aclamaciones. "¿Qué traía este hombre —pregunta don Justo Sierra— en quien las masas populares, que frecuentemente lo habían vilipendiado y arrastrado sus estatuas y enrollado sus trofeos, se empeñaban en ver un mesías? ¿Qué traía este defraudador de todas las esperanzas, este defensor de todas las causas que sirvieron a su avidez y a su ambición, qué traía a aquella situación desesperada, a aquel ejército de antemano vencido por la desnudez y el hambre, sin confianza en sus oficiales y sin fe en

el triunfo? Traía una intención: la de ser, rescatando todas sus faltas, un soldado, nada más que un soldado de la patria. Por desgracia, ese soldado jamás pudo ser un general, e iba a ser el generalísimo".

Si Santa Anna no traía realmente la intención de que habla Sierra, la verdad es que el pueblo se la atribuía, y por eso lo aclamaba.

La mojiganga que se organizó para recibir a Santa Anna fue ridícula. Se formó una procesión encabezada por cuatro carros alegóricos que representaban la libertad, la unión del pueblo y del ejército, América y la Fama. Tras ellos, en un coche abierto, iba Santa Anna sosteniendo con una mano un cuadro que representaba la Constitución de 1824. En el asiento delantero del mismo coche iba Valentín Gómez Farías. Santa Anna se cubría con algo así como un gorro frigio que más bien parecía montera de alcalde. Honradamente confesamos que nos da vergüenza recordar estas cosas, pues hiere el sentimiento de la dignidad mexicana el admitir que los que dirigían la nación organizaban pachangas carnavalescas en el momento de sufrir las peores humillaciones.

Terminada la grotesca procesión, Santa Anna pronunció un discurso en el que aseguró que "ardía en deseos de marchar a la frontera a restaurar el brillo de las armas nacionales".

BANQUETES, MISERIA... Y DERROTAS

Abrumado por el peso de los honores recibidos, Santa Anna se retiró a descansar a Tacubaya, lugar de veraneo de las familias ricas de aquella época, como si dijéramos la Cuernavaca de entonces. Allí se le sirvió un espléndido banquete en el que se pronunciaron brindis patrioteros y pomposos.

Entre tanto, los norteamericanos no se ocupaban más que de su negocio, o sea de continuar la invasión.

Taylor, "el Viejo Correoso y Astuto", el veterano mal hablado y blasfemador, al frente de nueve mil hombres marchaba por esos días hacia Monterrey. Y el gobierno se hallaba sin dinero

qué mandar a las tropas que debían atajarle el paso. Los setecientos mil pesos que dejó Paredes se habían esfumado en quince días.

El general Ampudia, jefe de las tropas encargadas de la resistencia al invasor, envió angustiosos mensajes los días 17 y 18 de septiembre pidiendo dinero y más soldados, en vista de la proximidad del ataque del ejército invasor. Taylor atacó Monterrey y después de una batalla que duró tres días (21-23 de septiembre) y en la que, como siempre, brilló el inútil denuedo del hambriento soldado mexicano, se apoderó de la plaza.

ELECCIONES COMO LAS DE AHORA

Cualquiera piensa que en aquellos momentos toda la atención del gobierno estaba puesta en la guerra, que el único motivo de preocupación era el buscar los medios de detener al ejército que había hollado el suelo nacional y derramado sangre mexicana. Pero en realidad no sucedía eso, sino que estábamos muy ocupados... haciendo elecciones. Como en la escena cómica de cierta película, mientras los hombres se mataban en la calle, la mujer en la cocina ¡planche y planche! Pero lo de 1846 no tenía nada de cómico: era terriblemente trágico.

El domingo 27 de septiembre, aniversario de la consumación de la Independencia, se celebraron las elecciones primarias, cuyas características fueron muy parecidas a las de ahora. El partido en el poder, que animaba el villano Gómez Farías, era el partido de los *rojos*, de los liberales exaltados, y estaba dispuesto a ganar las elecciones de cualquier manera. Como la opinión de los electores les era contraria, recurrieron a los procedimientos que todavía están en uso, es decir, se apoderaron de las urnas, falsificaron padrones y, en fin, consumaron el gran chanchullo, pero tan escandalosamente que los mismos periódicos federalistas y liberales tuvieron que reprochárselo. El congreso que salió de aquellas elecciones no representaba a la nación, y la consecuencia de ello, en circunstancias que exigían la más estrecha unidad entre

los que mandaban y los que tenían que obedecer, se tradujo en la precipitación del desastre.

SANTA ANNA SE IMPACIENTA

Santa Anna quería salir a pelear, y obsequiando su deseo, se le permitió que marchara rumbo a San Luis Potosí, lo que hizo el día 28 de septiembre, al frente de un ejército de tres mil hombres. Todo lo que se pudo reunir para pagar los gastos de esta fuerza fueron unos cuantos pesos, que apenas bastaron para cubrir los sueldos y las raciones de una semana. El día 14 de octubre llegó a San Luis, donde se estableció el cuartel general. A fines del mismo mes, los cuatro mil hombres del ejército que capituló en Monterrey se unieron a los tres mil que llevó Santa Anna, y estos siete mil soldados fueron el pie de las fuerzas armadas que se opondrían al invasor.

"LOS ESTADOS SOBERANOS"

Se había puesto en vigor nuevamente la Constitución federal de 1824, conforme a la cual los Estados "eran soberanos, libres e independientes". Esto quería decir que una nación que había sido unitaria durante más de trescientos años estaba dividida en pequeñas fracciones. Pero no era esto lo peor, sino que se había desvirtuado en tal forma el sistema federal que no existía propiamente una "unión de estados", una verdadera *alianza,* sino una floja y anárquica *confederación,* conforme a la cual cada estado se consideraba como una nación soberana y, por lo mismo, con derecho a hacer lo que le diese su gana. Y así fue que hubo estados —Campeche, por ejemplo— que ¡se declararon neutrales en la guerra de México contra los Estados Unidos! Otros estados se reservaron su dinero y sus hombres para el caso de ser invadidos. La nación estaba, pues, quebrada, rota. El trabajo de desintegración hecho por el enemigo había rendido el mejor de los resultados.

Por fortuna, hubo hombres que descubrieron que eso de la



General Zacarías Taylor

"soberanía de los estados" eran zangamangas y marrullerías del enemigo, y que afirmaron que no había más que una entidad: *México,* una patria común amenazada, un solo interés, un solo patrimonio que defender. Así lo dice el historiador Zamacois: "Si algunos Estados guardaron sus hombres y sus recursos para el caso de que fuesen invadidos, otros llevaron su patriotismo hasta excederse en proporcionar al gobierno general cuantos recursos de gente y dinero tenían. Merecen particular mención por su acendrado patriotismo el Estado de Guanajuato, que envió a San Luis seis mil hombres bien equipados y pagados, Jalisco, Querétaro, Aguascalientes, Michoacán y San Luis Potosí, que por espacio de tres meses no cesaron de prestar gente y dinero a la causa de la patria". El mismo historiador nos refiere que cuando el general Valencia recibió órdenes de reunir fuerzas en Guanajuato, salió inmediatamente a organizarlas y halló a los pueblos del Bajío llenos de entusiasmo patriótico y prontos a tomar parte en la defensa nacional. Valencia organizó una fuerza respetable de gente joven, fuerte y brava con el nombre de "Auxiliares de Guanajuato", con la que llegó a San Luis en los últimos días de noviembre.

LA IGLESIA EN MANOS DE LUTERO

Mientras Santa Anna reunía y adiestraba tropas en San Luis Potosí para enfrentarlas a las del zorro Taylor, se reunió el Congreso electo en septiembre, y en 23 de diciembre este Congreso formado en su mayoría por liberales exaltados, a los que llamaban *puros,* eligió por presidente de la nación al general Santa Anna, y por vice-presidente a don Valentín Gómez Farías. Como Santa Anna pidió que se le dejase seguir la campaña, quedó ejerciendo el poder desde el día 24 don Valentín Gómez Farías. Esto es, la Iglesia quedó en manos de Lutero, pues Gómez Farías era un mal mexicano, un faccioso y un entregador que años antes, en 1836, ya había convenido con los norteamericanos en cederles la provincia de Tejas.



D. Valentín Gómez Farías

"Cada jefe de cuerpo anda como loco, buscando el rancho para sus soldados", decía Santa Anna en una carta escrita en San Luis Potosí el 2 de enero de 1847. El caso era ése: que los soldados que estaban preparándose para combatir al invasor, no tenían qué comer.

El gobierno no mandaba un peso. Mientras estuvo Salas de presidente interino envió regularmente a las fuerzas reunidas en San Luis los auxilios indispensables. En cuanto Gómez Farías recibió el mando, faltó el dinero necesario para cubrir los gastos del ejército.

Se dice que el gobierno dejaba de pagar los gastos de la guerra porque no tenía un centavo. Entonces fue cuando surgió el antecesor de don Luis Cabrera con la fórmula mágica: "Hay que tomar el dinero de donde lo haya", fórmula que justifica un caso de necesidad y que el gobierno de Gómez Farías no supo aplicar, porque no tomó el dinero de donde lo había y podía tomarlo, sino que se emperró en sacarlo de una sola persona: la Iglesia.

En efecto, el congreso dio un decreto el día 8 de enero autorizando al Ejecutivo para que se proporcionase quince millones de pesos vendiendo o hipotecando los bienes de manos muertas, es decir, los bienes de las corporaciones eclesiásticas.

El clero había dado y continuaba dando grandes cantidades para la defensa del país. Este hecho está fuera de toda duda. Y cuando el gobierno de Gómez Farías trató de vender sus bienes para obtener dinero se halló ante una oposición general, motivada por esta certeza: que todos los millones que produjese la venta de bienes del clero desaparecerían en un instante y no se destinarían a su objeto.

La ley del congreso rojo no produjo ningún resultado, pues nadie quiso comprar los bienes de la Iglesia, ni prestar dinero sobre ellos; pero, en cambio, desató una tormenta de protestas y vino a separar de un modo más hondo al gobierno y al pueblo.

En realidad, el decreto de 8 de enero —expedido por un congreso *rojo*, es decir, de traidores— no tenía por objeto obtener dinero, sino crear un motivo más de desunión entre los mexicanos, para que el triunfo del invasor fuese más fácil. "Creando o fomentando un espíritu hostil contra la Iglesia —dice el historiador Esquivel Obregón—, cuando se quiso exigir a ésta la ayuda que exigía la situación, más parecía que ello tenía por objeto atacarla que salvar a la patria, de suerte que la exigencia sólo servía para hacer más honda la división entre los mexicanos" [5].

NI LA MITAD DE UN ESTADISTA

Un mediano estadista, no un faccioso inepto, hubiese sacado dinero para los gastos de la guerra. Para una pequeña revolución doméstica se reunían al momento cientos de miles de pesos. El general Scott, durante la ocupación de México, sacaba sólo de la capital ciento cincuenta mil pesos semanarios.

Gómez Farías no era ni la mitad de un estadista. Por otra parte, le importaba muy poco que se muriera de hambre el ejército que debería combatir al invasor. De ahí que no haya podido ni querido inventar ningún recurso para obtener el dinero que demandaba la defensa nacional. La legislatura de Querétaro, al protestar contra el decreto de los *puros*, sugirió que se aprobara un gasto de trescientos mil pesos mensuales y que se distribuyese entre los Estados proporcionalmente a su población. Este fue uno de los muchos medios que pudieron emplearse. Pero el gobierno realmente tenía mayor interés en provocar divisiones y disgustos que en organizar la defensa de la patria.

AL ENCUENTRO DEL INVASOR

Santa Anna, desde San Luis, no cesaba de reclamar el envío de recursos para el sostenimiento del ejército que debería marchar contra el invasor.

---

[5] ESQUIVEL OBREGÓN, TORIBIO, *Apuntes para la Historia del Derecho en México*, t. 4, p. 312.

Esos recursos nunca llegaron.

“Estaba muy lejos de notarse en la república —dice un historiador— el fuego patriótico, el entusiasmo de un pueblo que se levanta en masa para defender sus hogares”[6].

Ese fuego no ardía porque de apagarlo se encargaban los que tenían el poder en sus manos.

El gobierno de Zacatecas, sujeto a la influencia directa de Gómez Farías, se negó a movilizar las tropas que con el nombre de *guardia nacional* tenía a su disposición, bajo el pretexto de que sólo podía hacerlo con autorización del congreso, autorización que no llegó a expedirse. Esas y otras fuerzas que Santa Anna requirió desde San Luis se mantuvieron, pues, quietas, mientras el invasor continuaba su marcha triunfal.

El ejército que se hallaba en San Luis carecía de todo. “En un principio —refiere Santa Anna en sus memorias— la tesorería general de la nación proveía a la comisaría del ejército con cantidades que si no llenaban todas las necesidades, cubrían las precisas del soldado; mas faltó ese auxilio y los apuros llegaron a su colmo, aumentándose las atenciones cada día. A mis comunicaciones el gobierno contestaba con esperanzas y evasivas. Mi pena crecía al ver el abatimiento de los jefes y oírles decir: no hay ya quien nos quiera fiar el pan y la carne para la tropa”[7].

Santa Anna tenía el propósito de comenzar las operaciones en la primavera, cuando las tropas estuviesen bien adiestradas y el clima fuese favorable. Pero “el gobierno —dice Balbontín— impulsado por la opinión pública que se impacientaba porque no se activaban las operaciones, sin calcular las dificultades que ocurrían, ejercía cierta presión sobre el General, para que se pusiera en campaña cuanto antes”[8].

El gobierno, pues, no mandaba dinero para cubrir las necesidades del ejército, pero sí le exigía que marchara contra el enemigo, lo cual no tiene otra explicación que ésta: el propósito de lanzarlo a una derrota cierta.

[6] BALBONTÍN, MANUEL, *La Invasión americana*, p. 58.

[7] LÓPEZ DE SANTA ANNA ANTONIO, *Mi historia militar y política*, p. 60.

[8] BALBONTÍN, *op. cit.*, 59.

La prensa, una mala prensa, conducida también por quintacolumnistas, llenaba de improperios al ejército que estaba en vías de organización porque no marchaba luego hacia el norte. Un periódico llamado *Don Simplicio* zahería a los militares con crueldad. Cada correo que llegaba de la capital producía una explosión de disgusto.

“Olvidaban aquellos escritores —dice Balbontín— que nuestros soldados siempre estuvieron mal pagados, mal alimentados y mal vestidos; que en San Luis se hallaban restos del ejército del norte, que había guarnecido nuestra frontera por más de 10 años, combatiendo constantemente, ya contra los indios bárbaros, ya contra los tejanos, sin recibir más que de vez en cuando una pequeña parte de sus haberes; que los jefes, oficiales y tropas, trabajaban personalmente para proporcionarse el sustento; pero que acudían al toque de generala, ya para combatir, ya para expedicionar por el desierto, sin más sueldo ni más raciones *que una bolsa con totopo que cada uno se proporcionaba*”[9].

El deber de la prensa en aquellas circunstancias era el de alentar a los soldados y formar una fuerza de opinión que los apoyase; pero en vez de cumplir este deber, zahería y desmoralizaba a unos soldados que iban a defender la patria común.

Santa Anna dice: “Para que nada faltara a la situación, y como si quisieran poner a prueba mi paciencia, una facción traidora propagaba: ‘El general Santa Anna tiene relaciones con los invasores, lo dejaron desembarcar en Veracruz: traiciona. . .’ El ejército, con buen sentido despreció tales invenciones y calumnias, acatando así la justicia. Acongojado, fatigaba mi mente buscando un medio de salir con lucimiento de posición tan difícil, y sólo se presentaba *la victoria*. La inacción veíala como signo de muerte en medio de tanta penuria: *La victoria* nos colocaría en buena posición, nos salvaría”[10].

[9] *Ib.*

[10] SANTA ANNA, *op. cit.*, 60.

Y confiando en esa victoria salvadora, decidió ponerse en marcha.

El 28 de enero, un ejército de 18,000 hombres se puso en movimiento. En su mayor parte eran soldados bisoños, mal instruidos, reclutados por leva. Carecían de víveres, de tiendas de campaña, de hospital ambulante. El invierno era riguroso. El enemigo se hallaba lejos, bien armado y mejor situado, y en busca de él, a través de las desiertas llanuras, marcharon aquellas tropas heroicas.

COMIENZA LA EPOPEYA

Bajo un frío inclemente se hizo la primera jornada, de San Luis a la hacienda de Peñasco, distante veinte kilómetros, y único punto donde halló abrigo la tropa. La segunda fue a la hacienda de las Bocas. De aquí, a la Hedionda, que está a treinta kilómetros. La temperatura seguía bajando. La tropa tenía que pasar la noche a la intemperie. En esta tercera jornada murieron de frío tres soldados y muchos cayeron enfermos. Las siguientes jornadas fueron a Charcas, Laguna Seca, Solís y la Presa. En estos lugares no hallaron los soldados más cobijo que el de los jacales de los indios, donde se apiñaban para no morir de frío bajo la nieve que durante varios días cayó sin cesar.

El 5 de febrero, o sea el octavo de marcha, el tiempo cambió totalmente. Un sol de fuego abrasó con sus rayos de desierto, donde no había ni un árbol ni un arroyo. Al frío intenso había seguido un calor sofocante. La tropa caminaba levantando una nube de polvo a través de llanuras calcinadas. Primero la lluvia, la nieve y el hielo. Después el fuego del sol, el polvo y la sed. El soldado caminaba sin protesta, sufriéndolo todo. El general en jefe manda que las tropas descansen un día en Matehuala, donde se reúne la brigada del general Parrodi.

EL DESALIENTO Y EL HAMBRE

Continúa la marcha. El tiempo cambia de nuevo. Sopla un frío helado del Norte. Caen torrenciales aguaceros que empapan

la ropa del soldado. Tres días dura este temporal, del 10 al 13 de febrero. Deja de llover. El soldado se encuentra agobiado por la fatiga. Al llegar a la hacienda de las Animas ha hecho una marcha de doscientos cincuenta kilómetros a través del desierto. Ha sufrido el frío, la nieve, las tempestades, el calor y la sed. Ha comido poco: un tasajo de carne, unas tortillas con chile, un jarro de atole. Ha dejado cientos de compañeros en el camino, muertos o enfermos. El día 14 los víveres son todavía más escasos. Disminuye la ración. Nueve jornadas más tiene que hacer el soldado ante de llegar a la hacienda de la Encarnación. Estas nueve jornadas son todavía más penosas. Se hacen por un país donde no hay habitación. Se duerme al vivaque. No hay leña para encender fogatas. No hay tiendas de campaña para ponerse al abrigo del agua. El día 17 llega la división al mando del general Pacheco a la hacienda de Encarnación. Los días 19, 20 y 21 llegan las demás. Esta hacienda se halla a unos cuatrocientos kilómetros de San Luis y es el punto escogido por el general en jefe para la reunión de todo su ejército. Hecha ésta, Santa Anna monta a caballo y pasa revista a sus tropas. El soldado se anima. Lanza vivas a México y a la independencia. Grita de júbilo. Quiere hallarse frente al enemigo.

CUATRO MIL HOMBRES MENOS

De San Luis habían salido 18,000 hombres. A Encarnación llegan sólo 14,000. El ejército había perdido, por lo mismo, antes de entrar en acción, más de 4,000 soldados, víctimas del frío, la sed y las enfermedades en una marcha larga por el desierto, sin equipo y hasta sin médicos. De esos 4,000 muchos habían desertado, pero menos de los que podía esperarse, siendo, como eran, soldados nuevos.

El 21, a las 13 horas, después de comer el rancho, se reemprende la marcha. Santa Anna sabía, por avisos seguros, que los norteamericanos estaban fortificados en la hacienda de Agua Nueva, a sesenta kilómetros de Encarnación, con 6,000 hombres y 30

piezas de artillería, resueltos a defender los desfiladeros del Carnero y Agua Nueva. Intenta interponer sus fuerzas entre las de los invasores y Saltillo, obligándolos a un combate desventajoso, con las comunicaciones cortadas. Taylor ignora la marcha del ejército mexicano y pudo ser sorprendido. Pero recibe aviso a tiempo de un soldado llamado Francisco Valdés, y se dispone a la defensa.

EJERCITO DE CADAVERES

El ejército llega a Campo de la Guerra, un sitio a 60 kilómetros de Encarnación; de allí continúa la marcha y pasa el desfiladero de Piñones. Santa Anna manda que la primera brigada tome posiciones en Puerto del Carnero, donde se cambian tiros con las avanzadas norteamericanas. Allí pasa la noche la tropa bajo un bosque de palmeras, al que prende fuego para calentarse. Se improvisa un océano de lumbre. A la luz de las llamas se ve a los soldados desfallecidos, hambrientos, como un ejército de cadáveres.

A las 6 de la mañana del frío 22 de febrero comenzó el movimiento del ejército sobre la hacienda de Agua Nueva.

Desde la víspera se había separado de la columna, con 1,200 caballos, el general Vicente Miñón, para practicar una operación especial.

Esa operación consistía en cortarle la retirada al enemigo, situándose a su retaguardia, sobre el camino de Saltillo.

En consecuencia, el ejército marchó entonces en 2 columnas, por líneas divergentes.

Cuando la vanguardia de la columna principal llegó delante de Agua Nueva, halló la hacienda abandonada. El enemigo había destruido todo lo que no pudo llevar, dado muerte a los animales y puesto fuego a la hacienda.

Sin dar tiempo a que la tropa bebiese agua, ni cargase las caramañolas, se le obligó a continuar la marcha, a paso precipitado. Se hizo pasar toda la caballería, al galope, por la derecha de la columna, para apoyar la vanguardia en persecución del enemigo,

que se suponía en plena retirada. Así se podía creer, al ver el camino regado de efectos de atalaje, y 4 ó 5 carros abandonados en diversos lugares.

Pero el enemigo se había posesionado de la hacienda de Buena Vista y del puerto de la Angostura. Allí esperaba con la mayor tranquilidad.

Se había caminado cerca de 80 kilómetros en 24 horas. No se había dormido. Las tropas llegaban al frente del enemigo casi en ayunas. Así entrarían en combate, para cubrirse de gloria.

LA ANGOSTURA

La Angostura es eso: una angostura, un paso estrecho. Del Puerto de Piñones a Saltillo el camino corre entre dos cadenas de montañas, se ensancha en la hacienda de Agua Nueva y vuelve a estrecharse en La Angostura. Este lugar se halla atravesado por lomas separadas por barrancas profundas que llevan las aguas de la serranía de la derecha.

Balbontín describe así el sitio:

"La posición de la Angostura le daba al enemigo una incontestable superioridad sobre nosotros.

"Dos cadenas de montañas corriendo casi paralelamente, se estrechan en aquel lugar, en donde forman un puerto bastante angosto.

"Las montañas de la derecha son más elevadas que las de la izquierda, y sus faldas se prolongan en forma de lomas, hasta ocupar próximamente la mitad de la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan.

"Las aguas que de ellas descienden han cavado profundas barrancas, que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Aguanueva al Saltillo.

"Las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso se filtran con facilidad; y secándose después la tierra con los ardientes rayos del sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos

y grietas que hacen intransitable aquel lugar, aun para hombres que no tuviesen que atravesarlo a viva fuerza.

"El camino que corre al pie de las lomas, siguiendo las inflexiones que éstas presentan, dividía en 2 partes nuestro campo y el del enemigo, en el sentido de la profundidad.

"Los americanos ocupaban a su derecha una loma bastante elevada, que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente a nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso e intransitable.

"Por la parte oriental de esta loma pasa el camino para el Saltillo.

"Se extendía en seguida la batalla americana desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda, sirviendo de fosos a todo este frente las barrancas que tenía delante, y que eran casi paralelas a él.

"Tenemos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable; su frente, extraordinariamente fuerte; y su izquierda muy bien apoyada en las alturas" [11].

En esta formidable posición aguarda Taylor el ataque del ejército mexicano, un ejército agobiado por la fatiga de una marcha de quinientos kilómetros a través del desierto, escaso de víveres, muerto de sed, improvisado y mal equipado. Y este ejército atacará con furia a un enemigo descansado, bien comido, provisto de todo lo necesario, atrincherado tras lomas, barrancas y torrenteras.

LOS DOS EJERCITOS

Según Ripley, historiador angloamericano, la fuerza invasora que combatió en la Angostura se componía, fuera de jefes y oficiales, de 4,425 hombres, con 15 piezas de artillería.

Balbontín calcula el número de los soldados enemigos en 7 u 8 mil, con 20 piezas de artillería.

Eran todos, hombres muy bien pagados. Su vestido, de muy

[11] Balbontín, *op. cit.*, 74.

buena calidad. Sus alimentos, sanos y abundantes. En medio del desierto, el soldado invasor comía tan bien como en su propia casa.

Todo el equipo de guerra era perfecto. Trenes de carros para la conducción del Parque General, de la Proveeduría, del Tesoro y de los equipajes. Las armas, muy superiores a las mexicanas, de mayor alcance.

El ejército mexicano se componía, al ser revistado en la hacienda de Encarnación, de 10,000 infantes, 4,000 caballos y 17 piezas de artillería, de las que 6 eran inútiles para el sitio en que se tuvo que operar.

Era un ejército formado por medio de leva, de las clases más humildes de la población. Los sueldos eran muy bajos, y no se cubrían.

En cuanto al vestido, "en el ejército que marchó a la Angostura iban batallones que llevaban a raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecían de frazadas y de capotes con qué abrigarse, y cuyos chacots eran de palma forrada de indiana" [12].

El alimento que había recibido durante aquella fatigosa marcha consistía en un pedazo de carne cruda, unas cuantas tortillas duras o un puñado de maíz. Las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnación, además de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísimas galletas y unas pocas carretas cargadas de piloncillo y aguardiente.

No tenía trenes propios en qué conducir municiones, equipajes, etc.

El armamento de la infantería eran fusiles viejos ingleses, de chispa, de 19 adarmes de calibre.

La artillería, compuesta de viejas piezas montadas sobre toscas y pesadas cureñas, carecía de obuses largos, y arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes, era muy lenta. Ni en alcance, ni en movimiento, podía competir con la del enemigo.

Pero de nuestra parte estaba una gran fuerza: la razón y el

[12] *Ib.*

derecho. El enemigo lo tenía todo, pero le faltaba esto. Nosotros defendíamos nuestro suelo, nuestros hogares, de un agresor injusto, aunque poderoso.

RECONOCIMIENTO E INTIMACION

Santa Anna reconoce la posición de las tropas invasoras y manda que la verifique también el general Mora y Villamil. Cerciorado de que la posición no podía ser más formidable, espera a que llegue la infantería para atacarla. Manda al general Ampudia que se apodere de una altura cuya ocupación descuidó Taylor. El ejército mexicano, entre tanto, va llegando por brigadas.

A las once horas, Santa Anna intima a Taylor en estos términos: "Está usted rodeado por 20,000 hombres y, según todas las probabilidades, no puede evitar una derrota y la destrucción de sus tropas; pero, mereciéndome estimación particular, se lo aviso para que pueda rendirse a discreción bajo la seguridad de ser tratado como cumple al carácter mexicano; a cuyo fin se le concede el plazo de una hora desde la llegada de mi parlamentario al campo de usted". Taylor contestó desde Buena Vista: "En respuesta de la nota de usted de hoy, intimándome a que rinda mis fuerzas a discreción, debo decirle que rehuso acceder a su excitativa".

(Conviene aclarar que Santa Anna exageró el número de sus soldados, al decir que eran 20,000. De San Luis salieron 18,000 y habían quedado 4,000 en el camino, luego sólo eran 14,000).

LA PRIMERA EMBESTIDA

Las tropas mexicanas, a medida que llegan, se sitúan en dos líneas, en una loma que da al frente de las tropas de Taylor. A retaguardia, por la derecha, queda la caballería, al mando del general Juvera. En el flanco izquierdo, también a retaguardia, el regimiento de húsares. El batallón de León ocupa una altura que se halla en el mismo flanco. Las municiones quedan a retaguardia, bajo el cuidado del general Andrade.



General Luis G. Osollo

Como las tropas acaban de hacer una marcha de sesenta kilómetros, a paso veloz, muertas de sed y sin tomar alimento una gran parte de ellas desde el día anterior, Santa Anna resuelve no dar la batalla hasta el día siguiente. El día empieza a declinar.

Sólo la brigada ligera, al mando de Ampudia, se dirige a ocupar la altura que al flanco izquierdo del enemigo se hallaba libre. Leonardo Márquez, capitán entonces y que después se haría notable como figura del partido conservador, al mando de una compañía de tiradores, se lanza a ocupar el sitio; lo sigue otra compañía, al mando de un intrépido muchacho de 19 años, que es una de las figuras más bellas de nuestra triste historia: Luis G. Osollo, el que más tarde emplearía su espada contra el bando desintegrador. Taylor, al notar ese movimiento, trata de reparar su descuido. Destaca una fuerza al mando del coronel Marshall. Al observar Márquez y Osollo la marcha de aquella fuerza con dirección al cerro, pasan a situarse a la parte más elevada. Los norteamericanos rompen sobre ellos un vivísimo fuego. Resueltos a quedarse dueños del punto se lanzan sobre los mexicanos, que los reciben con serenidad. Se empeña el combate. Sube otra compañía ligera mexicana en los momentos en que los enemigos reciben más fuerza. La lucha entonces se encarniza. El batallón de ligeros mexicano sube a batirse en unión de sus compañeros. Tropas de México y de Estados Unidos llegan al mismo tiempo y se traba una dura pelea que se prolonga toda la tarde hasta que oscurece. La victoria se decide por las tropas mexicanas que poniendo en fuga a sus contrarios, se quedan dueñas del punto disputado.

Así termina esta acción parcial: con gloria para los mexicanos.

El resto de la noche lo pasan ambos ejércitos al vivaque, durmiendo sobre las armas y en suma vigilancia. Taylor marcha a Saltillo para asegurar su defensa y proteger su retaguardia. Hay una fuerza de caballería mexicana cerca de la ciudad, que ha entrado al valle por un paso muy estrecho, y que manda el general Miñón. Taylor se da cuenta de que esa tropa fue mandada a la retaguardia de la línea ocupada por él para molestar y cortar su retirada.

23 DE FEBRERO DE 1847

Amanece el día 23. Las bandas de música del ejército mexicano saludan la aurora. El sol alumbra el campo que ha de empaparse de sangre: la de los que defienden lo suyo, su hogar, su derecho, y la del agresor injusto. Santa Anna monta a caballo al despuntar la luz y reconoce el campo enemigo.

Taylor, después de asegurar Saltillo y proteger su retaguardia, vuelve al campo de batalla. La acción comienza antes de que él llegue. El fuego de cañón empieza al rayar el día. Los mexicanos, sin haber tomado el rancho, ocupan sus puestos y esperan orden de avanzar. Santa Anna decide mover sus tropas por la derecha, y a la izquierda del enemigo. Mandó que una batería de cañones se sitúe al flanco izquierdo de la línea mexicana, a fin de que sus fuegos oblicuasen sobre la línea de batalla de los norteamericanos. Al general Ampudia le manda que cargue con la brigada ligera por el flanco izquierdo. Los norteamericanos comprenden que las tropas de Ampudia persiguen flanquear su derecha y se presentan de nuevo a disputar el punto ganado el día anterior por los mexicanos. Los rifleros al mando de Marshall, reforzados por tres compañías de Illinois, tratan de apoderarse del sitio perdido la víspera. Puestos casi a cubierto, hacen un fuego nutrido, certero y mortífero. Pero no logran contener a los mexicanos. Renuncian a su empresa y dejan a sus contrarios dueños de la posición, quedándose al pie del cerro. En este momento, las siete y media de la mañana, se hace general la batalla.

PELEA SANGRIENTA

Las tropas mexicanas se mueven paralelamente, contra el centro de la posición enemiga. Por el camino real se adelanta una columna, al mando del coronel Santiago Blanco. Las tropas gana-

doras del cerro bajan y cargan sobre los norteamericanos. Estos oponen una resistencia vigorosa. La lucha se traba con furor. En el primer encuentro caen muertos el coronel Julián de los Ríos y el subteniente Juan Larrondo; heridos los capitanes Jesús Vivanco y Pedro Martínez; los subtenientes Marcos Arias e Hipólito Mondragón; pero atacando con mayor brío y cargando a la bayoneta, los mexicanos ponen en fuga a los contrarios.

LA METRALLA ENEMIGA HACE ESTRAGOS

La línea del ejército de Taylor es oblicua, y aunque los mexicanos avanzan paralelamente, la columna del camino empieza a recibir un fuego mortífero, lanzado por las baterías del capitán Washington, cuando las otras divisiones se hallan todavía lejos. Al notar los estragos, Santa Anna ordena que haga alto y que se proteja tras una colina, hasta que las divisiones de los generales Lombardini y Pacheco rompan sus fuegos. Esto ocurre pronto y el combate se empeña terriblemente. Un metrallazo hiere el caballo de Santa Anna, quien monta en otro, de poca alzada. Lombardini recibe un balazo al empezar la acción. Lo suple el general Francisco Pérez en el mando. La batalla es cada minuto más sangrienta. La columna que había hecho alto, marcha de nuevo. Los cañones de la imponente batería del capitán Washington envía sobre ella una lluvia de balas que abre inmensos claros en sus filas. Las divisiones de los generales Pérez y Pacheco reciben también un fuego no menos terrible. La gente de Pacheco, novicia en las armas, reclutada hacía dos meses, se detiene, vacila y, por último, se desbanda, acribillada por la artillería enemiga. El general Pacheco, despreciando el peligro, trata de contenerla. Sus esfuerzos son inútiles. La dispersión es general. Los norteamericanos aprovechan la confusión y avanzan. Pero la división del general Pérez hace un movimiento de frente sobre la derecha, contiene al invasor y lo obliga a retirarse a sus posiciones. Santa Anna hace avanzar la caballería para que cargue. Pero no puede vencer las dificultades del terreno escabroso.

Han transcurrido seis horas de fuego. Las tropas mexicanas han atacado las posiciones de los contrarios, que oponen resistencia tenaz y mortífera. Han sufrido considerables pérdidas. Empieza a caer una lluvia que enloda el suelo y lo hace resbaladizo. Las tropas, fatigadas, hambrientas y sedientas, han peleado bravamente, pero se ven obligadas a volver a sus puestos. La batalla, pues, se prolonga sin ventaja para ninguno de los contendientes.

ESFUERZO SUPREMO

Santa Anna se propone entonces hacer un esfuerzo supremo. Manda emplazar una batería de cañones de 24. Ordena que la columna de ataque pase al flanco derecho, y que se una a otras fuerzas. Manda al general Pérez que bata a los norteamericanos hasta la extremidad. El enemigo, al ver que se reúnen grandes fuerzas de caballería e infantería, comprende que se trata de forzar su izquierda. Los regimientos 2º de Indiana y 2º de Illinois cubren aquella parte de la línea, sosteniendo el primero 3 piezas de artillería que dirige el capitán O'Brien, todos a las órdenes del brigadier Lane, quien hace avanzar la artillería y el 2º regimiento de Indiana. Cuando los mexicanos tratan de tomar el flanco de sus adversarios, éstos adelantan sus cañones a un tiro de fusil de un destacamento de tropa mexicana, abren el fuego y hacen un espantoso estrago. Muchos caen destrozados. Pero la columna no se arredra, y avanza. La lucha es fiera. "Nuestra artillería", dice el general Taylor en el parte oficial al gobierno de Washington, "no puede contener el ímpetu de los mexicanos. La infantería que se mandó a sostenerla se había retirado en desorden, quedando expuesta, así como la batería, no tan sólo al fuego activo de arma corta por el frente, sino también al desastroso de la metralla dirigida por una batería mexicana a la izquierda. El capitán O'Brien juzgó imposible conservar sus posiciones, y sólo pudo retirar dos cañones, matando o inutilizando en seguida los caballos que pertenecían al tercero".

Así fue. El ímpetu con que atacó la tropa mexicana fue heroico. En vano los tres cañones dirigidos por O'Brien vomitaban fuego. Los mexicanos se lanzan a la bayoneta sobre sus contrarios, se apoderan de uno de sus cañones y desalojan al enemigo de la posición que ocupa.

El combate se empeña con igual fiereza por otros puntos. Los invasores hacen esfuerzos desesperados por alcanzar el triunfo. Pero no pueden sostenerse. Son vencidos y arrojados de sus posiciones por las tropas mexicanas, para oponer en otros puntos inexpugnables nueva y tenaz resistencia. La caballería mexicana, al mando del general Julián Juvera, carga valiente y llega hasta las últimas posiciones de sus contrarios. Una gran parte de ella envuelve a una fuerza norteamericana, pero recibe un fuego nutrido de una batería y se ve precisada a replegarse a la loma que se halla a su espalda, donde se reúne toda, excepción hecha de una parte del regimiento de coraceros que, con su bravo coronel Francisco Güitian, se confunde con el invasor, traspasa su campo y se abre paso a tiros rumbo a Saltillo.

"OBLIGADOS A RETIRARSE"

Taylor confiesa:

"El 2º regimiento de Indiana, que había retrocedido en desorden, pudo volverse a reunir, y no tomó de nuevo parte en el combate. Quedando forzada esta parte de nuestra línea, y apareciendo los mexicanos en número crecido contra nuestro flanco izquierdo, las tropas ligeras norteamericanas se vieron obligadas a retirarse. . . El regimiento del coronel Vissell, 2º Illinois, se encontró completamente flanqueado, y se vio obligado a retirarse. Los mexicanos por este tiempo arrojaban continuamente masas de infantería y caballería al pie de la montaña, e iban ganando nuestra retaguardia a gran prisa".

El regimiento de Mississippi entra en acción contra la infantería mexicana. El 2º regimiento de Kentucky y una sección de artillería del capitán Bragg se mueven desde la derecha y llegan en el momento más crítico. Este regimiento, y parte del 1º de Illinois, mandado por el coronel Harden, contiene el avance de las tropas mexicanas. Taylor envía al coronel Lane a reforzar el regimiento de Mississippi. La acción se sostiene por mucho tiempo, con igual denuedo. Los mexicanos hacen esfuerzos por romper con su caballería la línea contraria, pero el terreno se opone y viéndose acribillados por la metralla y la fusilería, se colocan en punto conveniente en espera de una oportunidad para volver a atacar.

LOS NORTEAMERICANOS RETROCEDEN

Por la parte baja de la montaña, una porción de tropas mexicanas avanza a la retaguardia de la posición norteamericana. Taylor, para contenerla, coloca toda la caballería de línea y el escuadrón de Arkansas, unido al de Kentucky. Manda reforzar su izquierda, que sufre el amago de los mexicanos. Todos los fuegos de la artillería enemiga se concentran sobre las columnas mexicanas, en la parte baja de la montaña. Esto, y las cortaduras y barrancas del terreno, contienen su avance. Taylor manda al escuadrón número uno de dragones que cargue sobre los mexicanos, para ver si logra dispersarlos. El escuadrón obedece, pero vuelve grupas inmediatamente al recibir los disparos de una batería mexicana que emplazó Santa Anna para cubrir la retirada, en caso necesario. Observa Taylor que un cuerpo de tropas mexicanas se concentra sobre el terreno de su izquierda con el intento, a lo que se ve, de bajar a la hacienda de Buena Vista, donde están depositados los trenes y bagajes del ejército invasor. Manda al coronel May que marche a sostener aquel punto, con dos piezas de artillería. Antes de que la fuerza de caballería mandada por Taylor para defender Buena Vista llegue a este lugar, se presenta la caballería mexicana, al mando del general Juvera. Sin embargo, los dragones de Kentucky y de Arkansas se encuentran allí, formados para la batalla. Los mexicanos se lanzan sobre la caballería invasora. Esta espera, carabina en mano, y a distancia de veinte pasos, dispara sus armas, causando algunas muertes. Esto no detiene a los que acome-

ten. Se arrojan sable en mano sobre sus contrarios. La acción es reñida. Mueren el coronel norteamericano Yeell y el ayudante de Vanghan, de la caballería de Kentucky, valiente y joven oficial. Por fin los mexicanos obligan a sus contrarios a retirarse en dispersión, hasta las casas en que estaba parapetada la fuerza de infantería. Los mexicanos avanzan y una lluvia de balas cae sobre ellos. En aquel momento el coronel May, a quien se unen el escuadrón 1º de dragones y parte de las tropas de Arkansas e Indiana, se dirige por la base de la montaña a contener el flanco derecho de los mexicanos, sobre cuyas masas, aglomeradas en estrechos desfiladeros, opera destructoramente la artillería de los invasores.

La posición de la parte del ejército mexicano que había ganado la retaguardia de los norteamericanos era entonces muy crítica. Parecía imposible que pudiera volverse a unir con el cuerpo del ejército. Taylor espera que la fuerza que se encuentra a su retaguardia sea destrozada o se vea obligada a rendirse. Opone grandes fuerzas al paso del resto del ejército. Pero, confiesa en el parte oficial, "a pesar de nuestros mayores esfuerzos, logra reunirse con él".

SANTA ANNA EN ACCION

Han transcurrido muchas horas de lucha obstinada y sangrienta. Se han desbandado cuerpos enteros de enemigos. Se han perdido y ganado lomas y llanuras, estandartes y cañones. El campo está sembrado de muertos y heridos que estorban el paso de los contendientes. El invasor ha desalojado sus primeras posiciones. La victoria, sin embargo, está indecisa. Santa Anna dispone un ataque definitivo. Reúne sus divisiones para atacar con ellas por última vez partiendo de su propia derecha hacia el centro de las posiciones de Taylor. Lleva por sí mismo a la columna del coronel Blanco de su izquierda a su derecha. Hace que la infantería de Pacheco se una a los restos de la 2ª división. Manda que avancen las reservas, y que la poderosa columna formada por todas estas tropas quede al mando del general Francisco Pérez, bajo la inmediata inspección de Santa Anna. Este, sin arreos militares, de cachucha y levita, sin desenvainar su espada, monta un caballo de poca alzada que suplió al que le mataron de un metrallazo en las primeras horas de la mañana. Lleva en la diestra un látigo corto con el que aviva el paso de su montura. Así conduce de una loma a otra a sus fuerzas, formándolas en batalla en el lugar mismo en que su genio militar, que suplía en él toda instrucción, le hace prever la aparición del enemigo. Así lo ven y vitorean sus regimientos, a quienes electrizan sus ojos de águila y las frases breves y enérgicas cuyo acento sobresale entre los toques de clarín y el estampido de los cañones. Así lo ve la historia en este momento, olvidando sus errores y faltas. Santa Anna es un soldado que personifica a todo un pueblo que lucha en defensa de su propio suelo.

EL ULTIMO ESFUERZO

Taylor observa todos los movimientos de las tropas mexicanas desde la plataforma de la posición que ocupa. Apenas se retira un momento para dar órdenes cuando se ve precisado a volver, al escuchar un vivo fuego de fusilería. Es que las columnas mexicanas avanzan intrépidamente, despreciando el mortífero fuego que sobre ellas disparan sus contrarios. Taylor dispone que sus batallones, en número de cuatro mil soldados, se adelanten a contener a los que acometen. Los mexicanos rechazan la carga enemiga. La batería al mando del capitán O'Brien hace estragos en las filas mexicanas, pero no logra desconcertarlas. Entonces los mexicanos, queriendo dar fin a aquella lucha, se lanzan a la bayoneta sobre sus adversarios, que resisten el empuje. Pero acometidos con nuevo brío, no pueden resistir el choque y se retiran en desorden, dejando en poder de los mexicanos dos cañones y tres banderas.

"Este momento", dice Taylor en el parte que dio a su gobierno, "fue de lo más crítico. El capitán O'Brien sostuvo hasta lo último, con sus dos piezas, esta fuerte carga, y se vio obligado a abandonarlas en el campo por hallarse derrotada toda la infantería que las sostenía".

Los dispersos son perseguidos y arrojados a una barranca inmediata, donde son muertos por soldados de la división de Pacheco. Los mexicanos continúan en persecución de los invasores hasta llegar al pie de otra formidable posición, donde se detienen porque el terreno es allí de lo más fragoso. Al verlos detenidos, el segundo regimiento de Kentucky, sostenido por una fuerza de batería del capitán Bragg, avanza resueltamente; pero "avanzó", dice Taylor, "más allá de lo que ciertamente debía, y fue rechazado por la caballería mexicana que lo estrechó considerablemente, tomando por unos matorrales que conducían a la batería del capitán Washington".

En estos últimos ataques murieron los coroneles Hardin y Mc Kee y el teniente coronel Clay, del 2º regimiento de Kentucky.

Los invasores estaban reducidos a sus últimas posiciones. Se cree que la derrota de Taylor hubiera sido completa si el general Miñón, con su caballería, hubiera aparecido por la retaguardia de los norteamericanos cuando éstos huían perseguidos por las tropas mexicanas. Pero el hecho fue que el general Miñón no concurrió al ataque porque no pudo o porque le faltó decisión.

LAS SEIS DE LA TARDE

Son las seis de la tarde del día 23 de febrero. Los mexicanos, después de haber arrojado de sus formidables posiciones a las tropas de los Estados Unidos, y de perseguirlas a la bayoneta hasta el pie de su última posición, hacen alto. Taylor conserva su centro, o sea la fortificación levantada en el Paso (la verdadera Angostura) y su tren de provisiones y bagajes en la hacienda de Buena Vista, o sea su posición de retaguardia. El ejército mexicano, además de los trofeos de guerra (tres piezas de artillería, cuatro carros, tres banderas), ha ganado todo el terreno comprendido entre dicho centro y la cadena de montañas de la izquierda, es decir, todo el campo de la lucha, donde quedan tendidos a centenares, muy atrás de nuestras últimas posiciones, los muertos y heridos del enemigo,

ya desnudos, cuyas carnes blancas pueden verse bajo los últimos rayos del sol que se pone.

Habían muerto 594 mexicanos, entre ellos 5 jefes y 21 oficiales. Los heridos eran 1039.

Las tropas mexicanas están exhaustas. Hace doce horas que los mexicanos pelean, sin haber tomado alimento. Han subido cerros, saltado barrancas y desalojado de sus trincheras al invasor. Ven tendidos sobre el campo a sus compañeros. Sus armas están teñidas con la sangre del enemigo.

EL SILENCIO IMPONENTE

Empieza a oscurecer. No es posible dar otra batalla. Santa Anna ordena que cese el fuego. Callan los cañones. Se extingue el fragor del combate. Al tiempo que las sombras de la noche cubren el escenario, se va haciendo un importante silencio. Sólo se escuchan las quejas de los heridos que se hallan en las barracas

Ahí están las tropas mexicanas, bajo la luz de las estrellas, quietas y agotadas. Acaban de escribir una página de gloria. Era un ejército formado hacía tres meses. Su reclutamiento se había hecho por medio de leva. Su instrucción militar era escasa. Había marchado quinientos kilómetros a través del desierto, sufriendo las mayores penalidades. Había entrado al combate inmediatamente después de una jornada de más de sesenta kilómetros, a paso veloz, sin descansar y sin tomar alimento. Había tomado posiciones formidables despreciando el fuego de la poderosa artillería enemiga. Había desalojado de sus posiciones al contrario. Había atacado a la bayoneta con tremendo ímpetu y perseguido a sus adversarios hasta sus últimos reductos. Y, sin embargo, la batalla estaba indecisa. No se podía hacer más. Era humanamente imposible.

"La llegada de la noche", dice Taylor, "nos dio la oportunidad de dedicar nuestra atención a los heridos, y procurar también el refresco de la tropa, que se hallaba exhausta por tantas vigilias y combates". Si la tropa invasora estaba exhausta, cuando sólo ha-

bía sufrido el rigor de la batalla, júzguese la fatiga de los mexicanos que entraron al combate después de una larga marcha.

"No obstante que la noche era sumamente fría", añade Taylor, "la tropa se vio precisada a vivaquear sin fuego, esperando que la mañana siguiente vería renovarse el conflicto".

24 DE FEBRERO DE 1847

Raya el sol del día 24. Taylor mira el sitio ganado el día anterior por el ejército mexicano. Sus ojos no ven más que los muertos y los heridos tendidos en el campo.

Las tropas mexicanas se han retirado.

Taylor apenas se atreve a dar crédito a sus ojos. Temía ser atacado. Su derrota, que estuvo a punto de obtenerse el día anterior, hubiera cambiado el curso de la guerra.

El ataque temido por Taylor no llegó. Las tropas mexicanas, que habían vencido en todos los encuentros anteriores y que para redondear su victoria sólo tenían que lanzar al enemigo de sus últimas posiciones, abandonan el campo y se marchan.

¿Por qué, cuando el triunfo estaba próximo, no continuó el día 24 la batalla empezada el 22 y seguida el 23 con el brillante éxito que hemos referido?

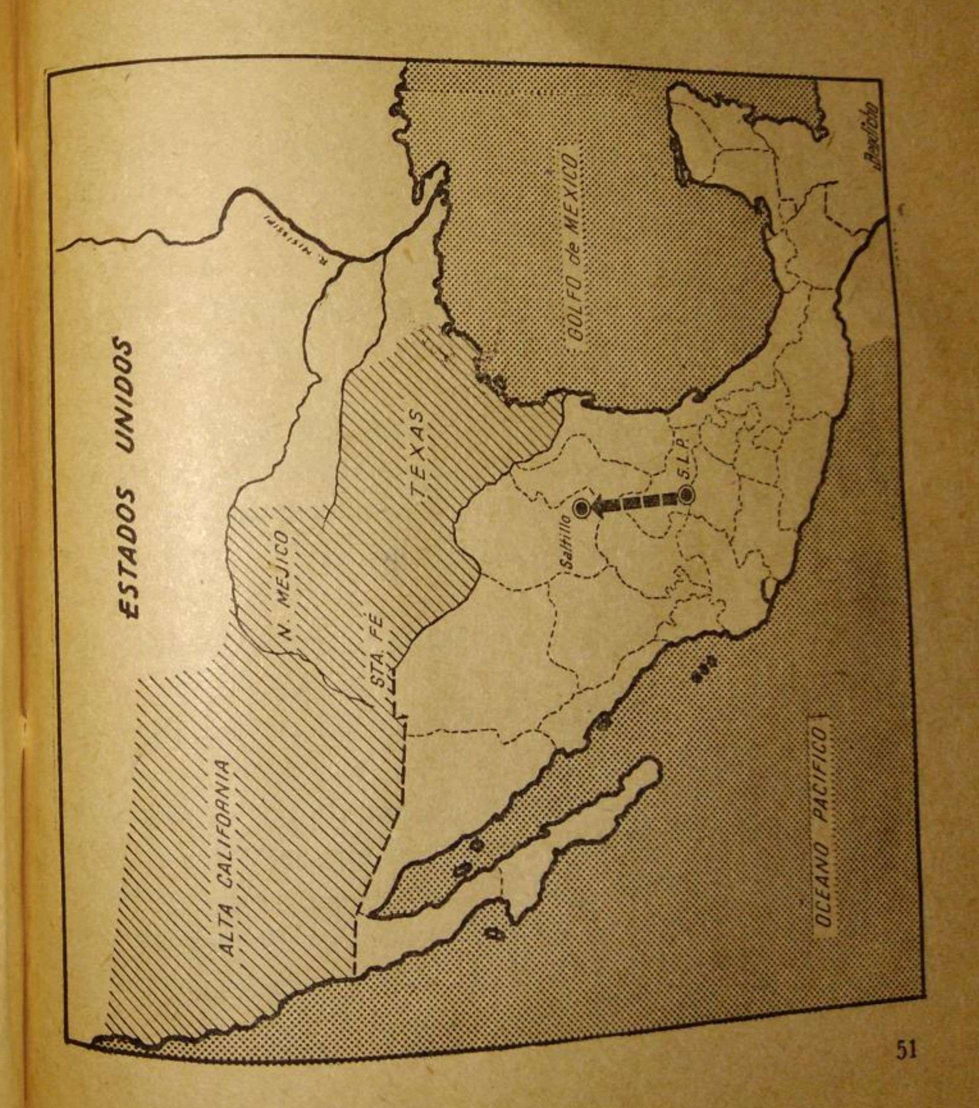
¿Por qué abandonaron los mexicanos el terreno ganado a costa de tanta sangre y tan extraordinario valor?

He aquí un hecho que se presta a las más diversas explicaciones.

"Que la falta absoluta de provisiones de boca", dice Roa Bárcena, "fue lo que principalmente obligó a levantar nuestro campo la noche del 23, se halla por encima de toda contradicción o de duda".

El general Pérez dice que la falta de ranchos y de leña motivó la orden de Santa Anna de retirar la tropa, "extenuada de hambre y de sed". El mismo jefe agrega: "Tiempo vendrá en que se reconozca el mérito de los soldados que en el invierno, sin prest, sin más que carne algunos días, han combatido con extraordinario

La parte sombreada representa el territorio perdido a consecuencia de la guerra. La flecha, el camino seguido por las tropas mexicanas hacia la Angostura.



denuedo, *estando 48 horas sin rancho*, por los sacrosantos derechos de la patria". (Por primera vez esta expresión —"sacrosantos derechos de la patria"— ahora tan manida, describe un hecho exacto y conmovedor).

Parrodi, en su parte, hace notar que desde la noche del 21 los soldados no tomaron alimento hasta la del 23, después de la batalla, que para permanecer en el campo era necesario contar con provisiones, siquiera para todo el día siguiente.

Balbontín objeta estas razones, en la siguiente forma:

"Había cesado completamente la batalla. Sólo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos que emprendían combates individuales.

"Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre el último terreno que habían conquistado.

"A pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño. Parecían satisfechas y contentas por haber vencido hasta allí la tenaz resistencia que habían opuesto los americanos. . .

"Atendidas las pérdidas que los americanos habían sufrido y el estado de desmoralización en que se encontraban, es creíble que el día siguiente hubiera nuestro ejército consumado su derrota.

"Estas eran las esperanzas del ejército, así discurrían muchos oficiales.

"Pero la desgracia que nos perseguía lo ordenó de otra manera.

"Al anochecer se comunicó orden a las líneas, que estuviesen dispuestas a retirarse.

"Semejante disposición causó un general y profundo disgusto; se veía con dolor que se iban a perder tantos sacrificios como se habían hecho; que abandonando el campo conquistado se daba la victoria al enemigo, sin que éste hiciera nuevos esfuerzos por conseguirla; y en fin, que se afirmaría la idea, ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer a los americanos.

"Las razones que se daban para la retirada eran las siguientes:

"Que no había qué darle de comer a la tropa.

"Que el ejército se hallaba muy fatigado y no podía combatir al día siguiente.

"Que si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados.

"Estas razones eran en extremo especiosas.

"Si no había qué dar de comer a la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde permaneció después acampada varios días; y es seguro que, con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura.

"Además, en la noche del 23 sucedió que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, a causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas.

"Una poca de previsión hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

"Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo a andar 5 leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía a perseguirlo.

"La misma fatiga del ejército era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba más que en el descanso.

"Además, las tropas que habían vislumbrado la victoria, estaban entusiasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. También sabían que el enemigo tenía en Saltillo almacenes bien provistos de víveres, de vestuario y aun de dinero: mientras que a la retaguardia de nuestro ejército sólo había un desierto desprovisto de todo recurso.

"De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la orden de retirada.

"Poco después de cerrar la noche, aprovechando la escasa luz

de la luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

"Por fortuna, el enemigo no sintió nuestro movimiento, porque un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre" [13].

LO QUE DICE SANTA ANNA

Santa Anna explica así la inexplicable retirada:

"La situación presentábase bastante lisonjera, nadie en mi campo dudaba que la victoria quedaría completa al día siguiente; todo, pues, era contento; mas, ¡oh, instabilidad de las cosas humanas! Repentinamente el contento convertíase en pena y desesperación. ¡Revolución en la capital! En efecto, un correo extraordinario conducía un pliego de los Supremos Poderes que daba tan fatal nueva. Los Supremos Poderes disponían: 'que estando atacados por una facción armada en su propia residencia, el ejército corriera a salvarlos y con ellos el orden y las leyes'. El ministro de la guerra prevenía terminantemente 'la contramarcha del ejército'; en su concepto era preferente a todo la conservación del gobierno en las circunstancias en que la nación se encontraba. Aturdido por tan inesperada ocurrencia, y en gran necesidad de descanso, encomendé a una junta de generales la deliberación. Mi cabeza menos fatigada con el descanso, dediqué mi atención a imponerme de la opinión y resolución de la junta. Encontré sus razones fundadas y de imprescindible deber cumplimentar los mandatos de los Supremos Poderes, y aprobé lo acordado. . ." [14].

Esta explicación de Santa Anna no contiene toda la verdad, pero nos da la clave para conocerla.

La revolución en la capital estalló un día después de la batalla, luego no pudo Santa Anna recibir noticia de algo que todavía no ocurría. Además, él era el presidente de la república, el jefe del

[13] *Ib.*, p. 90.
[14] Santa Anna, *op. cit.*, 64.

ejército y, por lo mismo, resulta extraño que se mostrara tan dispuesto a recibir y obedecer órdenes de otros.

Tenemos, pues, que explicarnos las cosas de otra manera.

El Padre Cuevas opina que "se trataba sólo de presentar ante el mundo una sangrienta comedia para salvar el honor nacional". Ahora bien, Santa Anna estuvo varias veces a punto de ser muerto en la batalla, donde el peligro no era fingido sino real. Por otra parte, es evidente que Santa Anna apetecía la gloria de vencer al americano, porque esa gloria lo impondría como caudillo indiscutible de México. Entonces no podemos creer que en la Angostura hubiese representado una comedia.

La verdad, a nuestro juicio, y deducida de todas las circunstancias, es ésta:

Sí recibió mensajes el general en jefe durante la batalla, en los que le avisaban de revueltas. Sí recibió órdenes de los *supremos poderes,* no visibles, sino ocultos. Sí se ordenó el retiro de las tropas casi victoriosas. Pero, se objetará, ¿cómo se giraron estas órdenes desde la capital, si aquí todavía no estaban enterados de lo que pasaba? Responderíamos: no era necesario que las órdenes partieran de la capital. Allí mismo, en el campo de batalla, Santa Anna estaba rodeado por los agentes de esos supremos poderes, agentes bien instruídos y expensados. No perdamos de vista que la retirada se acordó por una junta de jefes, y que los jefes, desde los tiempos de Iturbide, operaban según consignas expedidas en el secreto de las logias.

El gobierno en manos de Gómez Farías, que había hecho cuanto en su mano estaba para evitar un triunfo de las armas mexicanas sobre el invasor, se halló ante la posibilidad de una victoria, a pesar de todo, la cual también debió preverse, si tomamos en cuenta la astucia de los que manejaban el negocio. Estos conocían bien el carácter de Santa Anna, que era un maníaco-depresivo, un hombre que pasaba en un instante de la máxima exaltación al más profundo decaimiento. Representar ante él el peligro de la repetición de aquellas escenas que se desarrollaron cuando fue echado del

poder (la exhumación de su pierna, la demolición de sus estatuas, las vociferaciones de las turbas, etc., que estaban frescas en su imaginación), y representarlo justo en el momento en que sus fuerzas estaban apuradas, después de una marcha larguísima, al terminar una jornada de cruentos combates, tenía que dar su resultado, y lo dio. Santa Anna, irreflexivo, incapaz de sobreponerse a las primeras impresiones, y cercado, seguramente, por consejeros que sabían lo que hacían, ordenó la retirada de un ejército casi victorioso sin percatarse bien de que renunciaba a una gloria que ya tenía casi en su poder.

Que esos *supremos poderes* estaban muy interesados en que la batalla de la Angostura no terminase con el triunfo de las armas mexicanas, es un hecho sobre el que no hay duda. Recordemos que Gómez Farías, poco después, al recibir la noticia de que otro ejército americano había desembarcado en Veracruz, no pudo contener su alegría y dijo: "quemen cohetes, repiquen, viva la Libertad, esto es concluído" [15]. Gómez Farías y su partido, el yorkino, el rojo, eran los aliados del invasor. ¿Cómo, pues, no impedir que éste fuese derrotado?

La verdad es ésta: mientras unos mexicanos vertían su sangre en las barrancas y en las lomas de Angostura, honrando con ello a su raza y a su patria, una abominable pandilla de traidores, apoderada del gobierno, entregaba la raza y la patria al extranjero.

Santa Anna también es culpable, aunque se haya portado con valor durante la batalla. No sabemos qué tanto hayan pesado en su ánimo, al ordenar la retirada, los compromisos contraídos en Cuba, de acuerdo con las logias. Es un hecho comprobado que se comprometió a un entendimiento con el enemigo; es un hecho que luego quiso burlar el compromiso y ser leal a su nación, y de la retirada del ejército de Angostura podemos deducir otro hecho, a saber: que se vio obligado a cumplir la palabra que empeñó en La Habana. Se levantará a pelear de nuevo, sacará otra vez ejércitos

[15] CUEVAS, MARIANO, *Historia de la Nación Mexicana*, t. 2, p. 422. La fuente de esta cita es el diario de Mariano Riva Palacio, Arch. de la biblioteca García de la Universidad de Tejas. Autógrafo reconocido por Chavero y García.

de la nada, expondrá la vida en otras acciones. Pero su conducta está ya manchada para siempre.

INMORTALES

He aquí nombres de jefes y oficiales caídos en Angostura, nombres que deben ser pronunciados y escuchados con respeto y veneración por el pueblo en cuyo honor se sacrificaron:

Francisco Berra, Félix Azoños, Ignacio Peña, Ignacio Santoyo, Juan Luyano, José María Oronoz, José Ruano, Gregorio Montañez, Francisco Avila, Julián de los Ríos, Cipriano García, Francisco P. León, Anastasio Contreras, José Castro, Guillermo Servín, Mariano Chávez, José María Castilla, Manuel Derezo, Epitacio Alarid, Camilo Manto, Juan Menica, Juan Hernández, Cesáreo García, Ignacio Cabrera, Antonio Arce, Agustín Mercado, Francisco Huemes, Benigno Rivera, Luis Nava, Luis Ibáñez, Francisco Obregón, Pedro Orihuela, Regino Leota, Emilio Ordóñez, Antonio Landa, Juan B. Larrondo, Juan Suárez, Pioquinto Rendón, Julio Almaguer, Manuel Reyes, Remigio Lahora, Martín Salazar, Agustín Gómez, Jesús Marenco, Agustín Lindem, Francisco Choperena, Francisco Poceros y Antonio Castro.

Ellos representan y personifican al soldado mexicano. Al bravo soldado mexicano, oscuro y silencioso. Al que arremetió con la bayoneta al invasor. Al que entre el eco tardío de los disparos quedó tendido la noche del 23 de febrero en las lomas y barrancas de Angostura, de cara a las últimas posiciones del enemigo, con la frente nimbada por la luz de la más legítima gloria.

ACCIONES SINGULARES

En las primeras horas de la batalla, a la derecha de nuestras líneas, el enemigo que atacaba el cerro era arrollado, a pesar de los refuerzos que había recibido. Los cuerpos ligeros descendieron de la altura cargando a la bayoneta sobre los invasores, que se retiraron en desorden. En esta carga nuestros soldados se mostraron

implacables, hiriendo con la bayoneta a cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos arrojaban el arma, mostraban a los nuestros sus rosarios y gritaban que eran cristianos. Sólo debido a la intervención de algunos oficiales pudieron salvarse algunos. Ese hecho de que el enemigo tratase de aplacar el furor de los soldados mexicanos mostrando rosarios, demuestra que tenía conciencia de que en aquella guerra se controvertía también una cuestión religiosa.

En una carga de la caballería mexicana sobre una posición enemiga, ocurrió el siguiente episodio:

El comandante del escuadrón del regimiento de húsares don Juan Luyando, iba a pasar de un lanzazo a un riflero norteamericano; éste cayó de rodillas y pidió gracia. Luyando se compadeció de él y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le debía la vida, lo derribó del caballo de un tiro certero. La muerte del comandante fue en el momento vengada por sus soldados.

Cerca de las 2 de la tarde cayó un aguacero torrencial que obligó a suspender el combate. Ambos ejércitos aprovechaban el tiempo en reorganizarse cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, parecía invitarlos a la paz.

Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algún tiempo. Entonces ocurre el siguiente suceso:

De una de las barrancas salió al camino un hombre a caballo, vestido de civil, quien a todo correr tomó la dirección de la batería enemiga.

Aquel hombre, cuando se vio entre los cañones americanos, reboleó su lazo y lo arrojó sobre los artilleros enemigos; no habiendo prendido, hizo volver grupas a su caballo y escapó bajo una lluvia de balas.

Este hombre era un antiguo insurgente llamado Villarreal. Tuvo ganas, según dijo, de traer un yanqui prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Este hecho lo narra Balbontín, testigo ocular del mismo, quien

observa: "Nadie pronuncia el nombre del viejo Villarreal, el que murió después en la oscuridad y en la pobreza".

ELOGIO DEL HEROISMO

Un historiador norteamericano —Ripley, citado por Roa Bárcena— dice, hablando de esta batalla:

"La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepujables. El movimiento de la Encarnación a Agua Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que le componen tuvieran la fuerza moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener".

No fue ciertamente la fuerza moral lo que faltó al soldado mexicano en esa batalla, sino simplemente un buen jefe.

LA TRAGICA RETIRADA

A la luz de la luna, la noche del 23 de febrero, fueron llegando las tropas a la hacienda de Aguanueva, que estaba en llamas, a cuyo resplandor podían observarse los rostros de los fatigados, hambrientos, gloriosos soldados.

El aspecto del campamento era tranquilo. La fatiga obligaba a la tropa a permanecer quieta. Sólo la necesidad de buscar alimentos hacía discurrir a algunos de un lado a otro.

Dos oficiales partieron una tablilla de chocolate. Otros cuatro se repartieron un plato de arroz.

En el bosque, cerca del arroyo, se habían detenido los carros que transportaban heridos. Nadie los atendía. Clamaban con acento doloroso que se les impartiese algún auxilio.

Los muertos fueron bajados de los carros y cubiertos con sus mantas. Parecía que dormían.

En la casa principal de la hacienda, cuyo techo habían consumido las llamas, se estableció el hospital de sangre. Allí los heridos yacían por el suelo en tan gran número que no se podía dar paso.

Las tropas continuaron acampadas en Aguanueva hasta el día 26. Entonces se había desarrollado ya en el ejército una epidemia de disentería que causó muchas bajas.

A las 2 de la tarde del 26 se levantó el campo.

Primero marcharon los carros con heridos; pero como los carros no eran bastantes, para conducir a los que no cabían en ellos se improvisaron parihuelas con fusiles y mantas.

Cada parihuela era llevada por 4 soldados, que tenían que andar 14 leguas de desierto, sin encontrar agua.

Los soldados, debilitados por el hambre, muchos de ellos enfermos, bajaban al suelo la carga para tomar descanso, y otros, desertando, abandonaban definitivamente al herido.

A la hilera de parihuelas seguían los carros y algunas carretas de bueyes.

La noche llegó pronto.

La trágica columna marchaba lentamente, azotada por un viento helado y a la luz de la luna. Los bosques incendiados, las sabanas en llamas, prestaban a la escena sus resplandores siniestros.

A la madrugada comenzó a llegar a Encarnación la vanguardia del ejército. Aquí por todo alimento tomó la tropa carne de res. El agua era salobre y muchos enfermaron.

La desastrosa retirada duró 14 largos días. Las pérdidas que causó esta retirada ascendieron a más de 3,000 hombres.

LO QUE NOS DERROTO

De las lecciones de la historia debemos sacar algún provecho, y esta dura y sangrienta lección de la guerra de los Estados Unidos

contra México nos brinda una enseñanza cuyos frutos todavía no hemos sabido recoger, y es la siguiente:

Que fuimos vencidos, más que por el poderío de las armas invasoras, por la discordia interna, sembrada y cultivada por el enemigo.

En efecto, Joel R. Poinsett al dejar su puesto de embajador en México informó al presidente Jackson —según refiere uno de sus biógrafos, Mr. J. Fred Rippy— que no había ni la más remota posibilidad de adquirir por compraventa territorio mexicano; pero que dejaba trabajando en México causas que harían caer bien pronto Texas (y las otras provincias, por supuesto), en manos de la Unión Norteamericana ("causes were at work which would soon bring Texas into Union").

Las causas a las que Poinsett se refirió fueron: la acción de un partido "americano" con un cogollo de masones organizado por el mismo Poinsett (y al que pertenecía Gómez Farías), dispuesto a entregar suelo mexicano, y el quebrantamiento de la unidad de una nación que parecía hecha de una pieza, compacta y sólida, mediante las guerras civiles provocadas por el juego de una falsa democracia y la actuación de un sistema pseudo-federal que disgregó y atomizó la nación.